

COMPENDIO DEL CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA

Nº 23 ¿Qué unidad existe entre el Antiguo y Nuevo Testamento?

Monseñor José Ignacio Munilla

(Transcripción aproximada del audio)

Número 23 del Compendio del catecismo de la Iglesia Católica:

¿Qué unidad existe entre el Antiguo y el Nuevo Testamento?

La Escritura es una porque es única la Palabra de Dios, único el proyecto salvífico de Dios y única la inspiración divina de ambos Testamentos. El Antiguo Testamento prepara el Nuevo, mientras que éste da cumplimiento al Antiguo: ambos se iluminan recíprocamente.

Es muy hermoso ver cómo dice: la Escritura es una. La Biblia es una recopilación de libros, pero al final, es una gran sinfonía, toda ella está inspirada por el mismo espíritu, toda ella conforma la narración del proyecto de salvación de Dios, y es la única Palabra de Dios. Dios no tiene muchas palabras, tiene solo una única Palabra: la Sagrada Escritura es una. Es importante esto: tener ese don de ver la sinfonía de la Sagrada Escritura; es más importante ver esa sinfonía final, que estarse fijando meramente en lo que un tambor o un violín, están tocando en ese concierto. La sinfonía completa es la que nos permite entender qué es la Sagrada Escritura.

Hay dos formas de leer la Sagrada Escritura: una es, elegir los textos que más familiares o atractivos nos resultan, y el resto de la Sagrada Escritura pasarlo rápidamente, sin detenerse en ella; y otra forma es, los textos que nos resultan más difíciles (no fácilmente entendibles), leerlos desde el conjunto de la Escritura, desde los textos que nos resultan mucho más significativos. Pero buscando siempre la conjunción de la Escritura, no eliminando de ella nada.

El Nuevo Testamento es el cumplimiento del Antiguo Testamento, y el Antiguo Testamento es una preparación para el Nuevo Testamento. Cuántas veces, en los textos de los Evangelios se escuchan esas expresiones: “Y así se cumplió lo que estaba escrito”, “para que se cumpliera la Escritura”. Hay un subrayado muy importante de la continuidad entre el Antiguo y el Nuevo Testamento. Para entender esto (esa unidad de lectura que existe), nos puede ayudar mucho: la lectura que han hecho de la Sagrada Escritura los santos Padres, que son los mejores biblistas (llamamos santos Padres a esos santos pastores y teólogos de los primeros siglos de la Iglesia); y la propia liturgia. Estos dos, en esa lectura integrada que han hecho del conjunto de la Sagrada Escritura, nos ayudan mucho, porque ellos ven, en el Antiguo Testamento, muchas figuras o imágenes de lo que está por llegar en el Nuevo Testamento.

Algunos ejemplos concretos para que lo entendamos: Génesis 22, cuando se narra el sacrificio de Isaac, en que se le pide a Abraham que esté dispuesto a sacrificar a su único hijo; los Padres de la Iglesia y la liturgia misma, integran ese episodio (Gn 22), en el viernes santo, en ese día en que se va a leer también la Pasión de Jesucristo: cómo el Padre

entregó a su Hijo, para que diese su vida por la salvación del mundo; y en la primera de las lecturas de la liturgia, se está exponiendo cómo Abraham, en ese acto de fe, estuvo dispuesto a entregar a su hijo Isaac, y cómo finalmente, un ángel detuvo su mano, y fue un cordero, que estaba ahí presente, el que fue sacrificado en vez de su hijo, y ese cordero era imagen de Jesucristo. Así se lee la Sagrada Escritura: en esa unión entre el Antiguo y Nuevo Testamento. Son los Padres de la Iglesia, y es la liturgia (la liturgia es la Madre Iglesia leyendo la Sagrada Escritura), la que nos enseña a leer el Antiguo Testamento a la luz del Nuevo Testamento. Otro ejemplo: Génesis 37, la historia de José, aquel hijo de Jacob que es vendido por sus hermanos y entregado como esclavo. Y finalmente, el que fue vendido y entregado como esclavo, resultó ser la providencia cuando llegó a ser ministro en Egipto; la providencia de la que Dios se sirvió para que sus hermanos pudiesen sobrevivir cuando llegó la hambruna; también la Iglesia ha leído la historia de José como una imagen, una figura de lo que sería Jesucristo, que fue entregado por nuestros pecados a la muerte, y sin embargo, de su vida, nosotros hemos podido salvarnos.

Así se lee la Sagrada Escritura: en su conjunto, y viendo en ella esa gran sinfonía, y como digo, aprendiendo mucho de los santos Padres, que por ejemplo, ven en esa Arca de Noé, en la que se concentraron todos los salvados, ven un signo de la Iglesia, aquella Iglesia a la que Cristo convocó al pueblo de la salvación, capaz de no hundirse en las aguas. Esa visión de conjunto, de la Sagrada Escritura, que es la que la Iglesia proclama en la liturgia, es la que nos recuerda que la Escritura es, una, inspirada por el mismo Espíritu Santo, y narrando toda la historia de la salvación, de la que cada uno de nosotros estamos llamados a formar parte.